

mayor auditorio, i que la poblacion entera de Bogotá no hubiese concurrido a admirar, como nosotros admiramos, el orden, la compostura, la modestia i urbanidad de las alumnas al lado de su vasta instrucción en las materias de que fueron examinadas. Estos actos habrian podido brillar en Europa i en los Estados Unidos. En este establecimiento se descubre la mano del Jesuita que estableció sus bases i dictó sus reglas, i la firme i perseverante voluntad de la señora que los ha llevado a cabo. ¡Honor a ambos i gloria a la Nueva Granada! ¡Bendición a la mano que preparó i sembró esta semilla! ¡Bendición a la mano que la cultivó!

VARIETADES.

Importancia de la educación en el Siglo 19.

XII.

EL PROFESOR DE RETÓRICA.

«Al solo nombre de «elocuencia,» la admiracion se despierta, alza su abatida frente la verdad, la «inocencia oprimida abre su corazon a la esperanza, se reprime el furor de las conspiraciones, la rabia de los tiranos tiembla, renuncia la virtud i la libertad «triumfa.» Así exclamaba desde lo alto de su cátedra transformada en verdadero tripode, un célebre profesor lanzando fuego por los ojos, forzada la respiracion, todos sus miembros en movimiento, i su voz *nee mortale sonans*. Moderando despues el tono, pero siempre bajo el imperio de una estática admiracion, continuaba su diltiramo en estos términos: «Cuán asombroso poder, cuán magnífico «imperio es aquel que somete a la voz de un hombre «solo la masa inmensa de un gran pueblo, la religion, los oráculos de la justicia, la majestad imponente del Senado, el orgullo de la diadema de «los reyes!...»

En visita de esta defnición, aunque un poco exagerada i exigente, ¿quién no preferirá con mucho, lo que ha escrito sobre la elocuencia, el interesante autor del libro de los Oradores, considerándola principalmente en sus relaciones con nuestra época? «El arte de hablar i de escribir no es ya, como la «retórica de nuestros antecesores, un arte sublime, «pero frívolo, inventado únicamente para entretenimiento de los espíritus nobles: encuéntrase ahora «elevado a la altura de una misión social; la civilizacion ha variado de curso; la espada ha dejado «de ser la soberana i única señora de los imperios: la «elocuencia i la prensa han sometido a su dominacion palmo a palmo, todas las naciones de la «Europa: los oradores i los escritores son hoy los «reyes de la inteligencia que terminará por gobernar «el mundo.» (a)

Estas palabras son exactas; la gloria militar que depende esencialmente del reino de la fuerza material, vé disminuir todos los dias su poder, mientras que el pensamiento se abre paso por todas las barreras, se apodera de todas las avenidas de la civilizacion, i formulándose en libros o en periódicos, viene a ser el rei absoluto del globo: hoy, los pueblos de la gran familia europea se tratan como hermanos, i no se hace la guerra sino a los bárbaros. Entre tanto que la bandera francesa, apareciendo sobre las alturas del monte Atlas yela de terror las tribus errantes de los beduinos, i abre estenso campo a los triunfos de la Cruz, con grande escándalo de los padosos Muffies; el Leopardo británico siempre devorado de la sed de botín se embriega de carnicería en los desiertos del Hindostan; i el águila rusa desplegando sus sombrías alas se lanza i combate enfrencada contra los indomables habitantes del Caucaso. Mas la ciencia ha hecho demasiados progresos, las grandes vías de comunicacion se han multiplicado demasiado para que los pueblos

civilizados corran, como en otro tiempo, a degollarse bajo el manto del honor: no pueden ya renovarse esas jornadas prodijosas de Austerlitz i de Waterloo, que han proporcionado siglos de gloria a los vencedores, i noches lamentables a los vencidos i a la humanidad. La tribuna i la prensa serán en adelante los verdaderos campos de batalla en donde se decidirán las grandes cuestiones de la patria i de la libertad, i a donde concurrirán con ardor los bravos que *tenyan sangre en las venas, que gocen de una posición independiente, i que deseen el triunfo de los mas caros intereses de la sociedad.* Tal es el progreso del siglo que es necesario saber apreciar debidamente.

Conforme a esto, pareceria que el primero de todos los artes en los tiempos modernos, el arte a que deberíamos aplicarnos con mas ardimiento, habria de ser aquel que nos revela los secretos de esta estrategia oratoria, de esta táctica intelectual que hace ganar a los reyes de la palabra sus victorias. i les sujeta a discrecion de sus deseos, los espíritus i los corazones: ¿no tendríamos nosotros los mismos motivos que los antiguos para consagrarnos a este estudio? ¿No ha decidido en todas las cuestiones la palabra entre nosotros, como entre ellos? ¿qué digo! ¿No vemos hoy la palabra en todo su poder auxiliada con las mil voces de la preusa?

¡I sin embargo, en concepto de multitud de personas nada es al presente, ménos digno de interes que la retórica: dásele ciertamente lugar en los cursos de enseñanza; pero el que ocupa no es el más distinguido entre los de los demás ramos: se consagra a su estudio uno o dos años, i despues se le abandona para siempre: los antiguos le entregaban su vida entera. Ciceron i los mas célebres oradores, en el vigor de su edad, cuando brillaban mas sus talentos iban a renovar los ejercicios de su juventud, a ocupar de nuevo los asientos en las clases para continuar el estudio de su arte favorito, bajo los auspicios de los mas hábiles maestros; i en nuestro siglo los jóvenes retóricos aun no han terminado el curso, cuando ya llenos de confianza en sus disposiciones naturales, miran como preocupaciones añejas los preceptos de los antiguos, i los tranquilos preludios de la escuela: i desdeñando aquellas obras llenas de sabiduría en que el corazon humano ha sido escudriñado i profundizado por algunos génios superiores, que nos han manifestado en desnudez los resortes que le dan impulso i movimiento, i que nos han revelado los secretos de la persuasion, creen que hasta adquirir ideas, respirar el aire libre de su siglo i poner el alma en accion para llegar a las regiones de la elocuencia, en una época como la presente, en que el corazon humano recibe todo género de cultura. ¿Cuál será la causa de estas contradicciones? ¿Consistirá tal vez, en que no se ha dado direccion suficientemente grave i seria a la enseñanza de la literatura? ¿Será que entre tantos hombres inteligentes conocidos por las mas notables obras de critica, que han determinado con precision todo lo que indica el gusto mas fino, el sentimiento mas delicado, el instinto mas sutil, no se encuentra un número bastante considerable de esas almas positivamente calurosas que abren las verdaderas fuentes del entusiasmo, i saben fabricar la armadura varonil del guerrero de la tribuna? ¿No es cierto que muchos son de opinion que para preparar i armar de todas armas al jóven que aspira a la elocuencia basta ponerle en estado de responder acertadamente a la serie de cuestiones de literatura establecidas para obtener el bachillerato? El educando se vé abrumado con los trabajos de memoria, oprimido con el peso de áridas nomenclaturas, en vez de concederle cierta libertad de espíritu en que su imaginacion i su entusiasmo pudiesen desembarazarse cómodamente para tratar de reproducir en obras de alguna estension, las grandes bellezas oratorias de los verdaderos modelos: la edad de la poesía se le escapa antes de haber conocido sus dulzuras; se le ocupa demasiado con el estudio de pomponeres, i no se le da lugar

Sem 3o (27) de 1850
 F961

(a) Libro de los Oradores, pag. 75. 23)

en idea por suficiente tiempo, sobre los teatros brillantes de la elocuencia, a fin de que se grave en su alma la palabra eléctrica de los oradores i la inflame en el fuego sagrado.—Sin duda que está muy lejos de mi pensamiento reprobar lo que han dispuesto hombres de sagacidad elevada; pero permítaseme esplanar mis ideas, invocando el testimonio de los tiempos pasados i comprobando los hechos.

La retórica bien dirigida, según el concepto de los mas célebres retóricos, debe madurar el juicio, formar el corazón i desarrollar el gusto; mas como en la mayor parte de las obras sobre oratoria se ha manifestado convenientemente todo lo relativo a la tercera operacion, hablaré con mas particularidad sobre los dos primeros. Boileau ha dicho, que «en un tratado de retórica no se tiene por objeto inventar cosa alguna, i que solo son necesarios razon i buen sentido.» La retórica efectivamente, no es otra cosa, que la lógica adornada; la lógica es el fundamento de todas las composiciones literarias, i aun aquellas que parecen pertenecer menos al raciocinio, deben tener por base la razon; exajeraciones de los buenos poetas, son exajeraciones racionales: *hasta en las coplas debe manifestarse arte i buen sentido.* Jamás se inculcará bastantemente a los jóvenes sobre la necesidad de aprender a pensar, para aprender a hablar i escribir, sobre todo en nuestro siglo, en que cada día desaparecen mas la exactitud de ideas, la solidez en raciocinar, i la rectitud del buen sentido. En consecuencia, la retórica debe servir de introduccion a la filosofía, i debe enseñarse al educando a reflexionar, a comparar, a comprender bien la relación íntima de la palabra con el pensamiento; i elevándole despues a consideraciones mas altas, se debe ensanchar su inteligencia por medio de vastas perspectivas, provocándole a una profunda meditacion de las obras maestras de aquellos oradores modelos cuya sublime voz, cual eco poderoso de su siglo, ha formado el resúmen de la civilizacion de su respectiva época.—Pero aun no basta todavía esto: supuesto que el retórico aspira a dominar los corazones, a efectuar en las almas, saludables reformas, preciso es que estudie con ardor el misterio de la naturaleza humana, ciencia difícil, estudio de la vida entera en que no podrá lograr favorable resultado si no adopta para sí mismo la máxima de los antiguos sabios: *conócete a ti mismo;* por que no hai otro medio de aprender a conocer el jémen de todas las pasiones, de descubrir el secreto de todos esos móviles, de esos resortes poderosos que tanto imperio tienen sobre el individuo i sobre la sociedad, que descender al fondo del propio corazón, que penetrar en todos los pliegues i repliegues de este abismo que el hombre lleva consigo a todas partes.

Despues de estos primeros estudios psicológicos, hechos concienzudamente, le será mas fácil darse cuenta de los diferentes movimientos con que la voz de un hombre solo ha impulsado a toda una generacion: comprenderá la alta influencia que jamás dejan de ejercer sobre los pueblos civilizados i aun sobre los salvajes, la religion, la justicia, el honor i el interés; cuatro grandes medios de persuacion a que pueden referirse todos los demas: sabra que el orador digno de este nombre, no es un vano discursista, un elegante palabrero, sino un atleta de la verdad transformado, engrandecido (que alguna pasion; sabrá que todas las teorías se compendian en este bello ideal de la elocuencia; la razon i el entusiasmo, la dignidad i el movimiento, la profundidad del pensamiento, i el vigor del sentimiento.

De ordinario se hace una exesiva separacion de dos operaciones de nuestra alma, distintas ciertamente, por que se prestan mutuo apoyo en las obras del talento i del jenio: la tranquilidad de la reflexion i el velo de la imaginacion; el recojimiento del espíritu i el fervor del corazón. ¿Habria sido Platon tan admirable, como lo es realmente si hubiera sido menos poeta? ¿tan elocuente Bossuet si hubiese sido menos filósofo? Virjilio tan felizmente inspirado, si seme-

jante a la celestial compañera de Ulises, no le hubiera seguido la razon constantemente, como guía armada de una antorcha? i no es verdad que mientras se quiere abrir mas espacioso campo a la imaginacion, mas vehemencia a la sensibilidad, mas necesario es poseer juicio esquisito, una inteligencia recta i estendida? Cuando se trata de los grandes poemas, como tambien de todos los grandes monumentos del arte, es indispensable tener una razon perfecta en lo posible para comprender la ley de las proporciones i la de todos los diversos jeneros de armonía, para merecer el nombre de jenio.

De todo lo que hemos dicho, resulta que el profesor de retórica a quien su destino impone el cuidado de rectificar los desvíos de la imaginacion de sus alumnos, i de acostumbrarles al recojimiento del alma, él mismo debe ser hombre de madurez, grave, reflexivo, que considere las cosas en su verdadero punto de vista, i que no da en extravagancia alguna de espíritu. La fé, mejor que cualquiera otro medio, le asegurará la posesion de este buen sentido, de esta firme i cabal razon que le tendrá siempre sobre aviso contra las malas tendencias del siglo, i podrá desde luego inculcar a los jóvenes, principios de lo verdaderamente bello, i de un gusto sólido.—Desgraciado el profesor a quien falte este divino *Criterion!* ¿cómo podria enseñar a educandos católicos a conducirse con seguridad en sus primeros trabajos, si carece de una regla capaz de dirigir las operaciones de su propia inteligencia? En la apreciacion de aquellas magnificas épocas en que el jenio del cristianismo ha ensanchado los límites de lo sublime en todas direcciones; ¿cómo podria presentarles esos interesantes descubrimientos, esos amplios principios, esas ideas fecundas que se graban para siempre en el espíritu, i dan la filosofía verdadera de la literatura cristiana?

El segundo objeto, el objeto mas esencial a que debe aplicarse un profesor de retórica, es formar el corazón de sus discípulos. *Lo que hace elocuente al hombre es el corazón; los grandes pensamientos vienen del corazón; el orador es un hombre de bien:* todas estas máximas consagradas por la enseña de la antigüedad deben hacer comprender cuan importante es cultivar el corazón del jóven, ejercitar su actividad, i abrirle las mas puras manantiales del sentimiento; hablo de aquel sentimiento que está ligado con una virtud elevada, con un grande amor de Dios i de los hombres, i con un buen carácter; de aquel que se alimenta con las buenas obras de una vida entera, consagrada a practicarlas; de aquel que hace agradable la existencia, que ensancha el espíritu, aumenta sus fuerzas i enciende en él una hoguera de santas inspiraciones. [Para citar aquí algunos ejemplos; entre los santos, a quienes nos complacemos de tributar mayores homenajes i simpatías, uno de aquellos cuyas máximas i sentimentales expresiones recordamos mas diligentemente, es el modesto Obispo de Jinebra, San Francisco de Sales, quien por su insinuante dulzura convirtió mas de sesenta mil protestantes; el que en sus escritos derramó a torrentes la unción evangélica e hizo parecer una flor de sencillez i simplicidad desconocida de los antiguos, i cuyo jémen tomó de las fuentes mas profundas de la humildad i caridad cristianas; i entre los grandes escritores que componen la magnífica diadema de gloria del siglo de Luis XIV, el que hoy mas encanta con la lectura de sus páginas, es sin contradiccion, aquel jenio tan digno de instruir i reprender a los reyes, i sin embargo, tan sencillo i tan accesible a todos, esta alma tierna i amorosa como la de San Juan, delicada i llena de esquisita sensibilidad como la de Virjilio, Fenelon en fin, Fenelon el rival de Bossuet, i el amigo de todos los hombres, el Rafael de la literatura, i el mas popular i mas amable de todos los grandes literatos de aquella época.

Pero, se me preguntará, ¿de qué modo puede infundirse en los jóvenes cursantes de retórica la fuerza i el pasmoso encanto de la sensibilidad de esos belli-

simos modelos i de tantos otros? ¿La jenerosidad del corazon, la ternura del alma, la bondad inagotable de carácter, no proceden de multitud de causas, independientes de la voluntad del mas habil profesor, como por ejemplo, la sangre, de la naturaleza, de las costumbres i los hábitos adquiridos en el seno de la familia? Bajo muchos respectos es verdadera esta observación: difícil es, por no decir imposible, cambiar las disposiciones del jóven que entra al estudio de la retórica, con el corazon dañado; es enteramente inverosímil poder depositar en su alma embratecida por hábitos perversos, alguna chispa de aquel amor tan puro que inflamaba a Fenelon; pero debe suponerse que este es un caso escepcional; i ademas, pueden emplearse mil ingeniosos recursos para desarrollar, purificar i perfeccionar el corazon de los educandos: estos recursos pudieran reducirse a tres por lo pronto, tomándose de los preceptos, de los ejemplos i de las composiciones.

En primer lugar un institutor hábil i concienzado, al tiempo de explicar los preceptos, no dejará, aun por interes del arte, de inspirar íntegramente a sus discípulos amor al bien, celo por la práctica de las virtudes cristianas, i principalmente de aquella que tiene mas íntima relacion con la pureza del gusto, i con la delicadeza del sentimiento; esta incomparable virtud es, la castidad, que imprime en el alma la resplandeciente blancura de la azucena, i que debe ser por excelencia la corona del jóven cristiano. Quintiliano apesar de haber vivido bajo el imperio del paganismo, fué tan rigoroso en esta materia, que no queria que el profesor de retórica dejase pasar ni un solo dia en que no mezclase diestramente en sus lecciones alguna cosa que sirviera de estímulo al educando para llenar exactamente sus deberes de honestidad (2). Si se quiere formar un orador, decia aquel institutor sabio, es necesario formarlo ántes hombre de bien; i esto lo repetia frecuentemente en sus *instituciones oratorias*. Para llenar completamente este objeto, deberá aplicarse el profesor cristiano a hacer entender a sus discípulos la estrechísima relacion que existe entre la moral i la elocuencia, entre las inspiraciones del jenio i las de la virtud; i remontándose con Platon hasta las ideas constitutivas de lo bello, hasta los primeros elementos del arte, les hará ver que la glorificacion de la palabra humana por medio de los dignos acentos de la elocuencia, ha sido siempre el resultado de una idea noble, de un sentimiento sublime que se apodera de una grande alma, que le inspira un acto brillante de enerjía moral, i la colma de una plenitud de amor i de vida que ha debido comunicar a toda una época.

(Continuará.)

Continuará.

Extractamos de *La Patrie*, periódico semanal de Paris, del 12 de setiembre último, las dos siguientes interesantes anécdotas.

(2) Puriorum est de honesto ac bono et recto. Ipsi liquid, ino multa que se dicunt, que necesse sunt ferant. Lib. Cap. 11.

El cura caritativo.—Una escena tierna ha tenido lugar el 7 del corriente en Choisy le Roi.—Se veía en la plaza pública el aparato triste de la almohada judicial de los muebles de un pobre vecino; al tiempo de abrirse los pregones, el escribano tuvo noticia de que el cura del lugar queria hablar con él. En el momento fué a la casa del virtuoso presbítero que estaba postrado á consecuencia de una grave enfermedad, i este le dijo: «Sé que U. se vé en la necesidad de rematar hoy los muebles de un honrado feligres mio: ¿A cuanto monta la deuda?»—A 400 francos, contestó el escribano.—«Es una suma superior á mis cortos recursos, replicó el digno eclesiastico; pero si el acreedor quisiera contentarse con la mitad, yo se la daría de muy buena voluntad.»—El escribano ofreció interponer su influjo para con el acreedor a fin de que hiciese aquel sacrificio, i que entretanto se suspendería la venta.—Regresó inmediatamente el escribano á la oficina del remate, é hizo saber á la concurrencia lo que habia pasado con el cura.—Esta noticia produjo un verdadero entusiasmo en la multitud; i a los gritos repetidos de «¡viva el Señor Cura!» los muebles vuelven á la casa del deudor.—Este hecho no necesita comentario; referirlo es hacer su elogio, i ojalá tenga muchos imitadores entre los párrocos á cuyo conocimiento llegue.

Los gaiteros jenerosos.—Ayer (11 de setiembre) ha ocurrido un hecho en la calle de Taibout (en Paris) que ha exitado gran palmoteo entre todos los que lo presenciaron.—Multitud de jente estaba reunida en rededor de los gaiteros napolitanos que ganan su vida tocando por las calles aquel instrumento. Concluida la música, uno de ellos recojia la colecta ó suscripcion voluntaria de los circunstantes, i como estos eran muchos i entre ellos habia gallardos jóvenes de ambos sexos asomados a las ventanas, la colecta ascendió á una suma considerable.—Mientras esto pasaba, se presenta un pobre ciego tocando su flautilla; i habiendo tropezado, cae tendido en el caño de la calle. Al verlo así todos tratan de auxiliarlo; le levantan i cada cual le dá alguna pequeña limosna. El gaitero colector hace entonces una guiñada á sus compañeros, i ellos le contestan con un signo de aprobacion, e inmediatamente derrama en la gorra del pobre ciego toda la suma que habia recojido, diciéndole: «Tomad: nosotros, gracias á Dios, no somos ciegos, i por lo mismo somos menos desgraciados que vos lo sois.»—Todos los circunstantes aplauden esta jenerosa accion, i uno de ellos le dice: «Es muy hermoso lo que acabais de hacer.»—I el gaitero con la sonrisa italiana, le contesta: «Vaya! la caridad no se ha muerto en Francia.»—I como si todos lo hubieran estudiado, hovieron de las ventanas i de todas partes sueldos i monedas en beneficio de los pobres músicos jenerosos que dieron esta leccion práctica de desinterés i caridad a tantos ricos metalizados, egoístas i avarientos.